

AUSENTES EXTRAÑOS

Por: Ángel Acosta

Novela.

***Ausentes Extraños** está por entero escrita para el señor Adriano Acosta Casalino, mi primer nieto varón, quien pronto cumplirá sus primeros quince años de vida y cualquier forma de reproducción o transformación de esta obra sólo puede hacerse con la autorización del **Autor**.*

A quienes nunca la leerán.

Prólogo.

¿Qué estos garabatos de vida sólo son posibles en las novelas?

¡No, no y no! También suceden en la real, puñetera humana existencia.

Malévolos demonios festejan en mi cuerpo con succulentas gotas de sudor.

Noche por noche esas criaturas aprovechan este acostumbrado desvelo.

Me ayudan a narrar página abajo.

Hace algunas semanas mi destino tuvo el honor de ser seleccionado entre millones de personas.

Sin embargo, cualquier paraíso nos vuelve esclavos. No hay gloria sin cadenas.

Una mañana fui hasta la casa de Berta, recogí algunas pertenencias y las regresé a la pensión de Antonia, donde pago por la renta de un cuarto con baño.

El edificio hace una de las esquinas en la calle Jovellanos, cerca de la catedral de San Carlos Borromeo, un retazo del siglo diecisiete, todavía con saludable elegancia.

Mi cama está vestida con una sábana azul, comprada precisamente para Berta como regalo del último San Valentín.

El color azul trasmite la sensación de noches placenteras, amaneceres dulces.

Trasplantar alegrías rejuvenece el alma.

Sobre una pequeña mesa, junto a mis desorganizados libros, reposan los cables para recargar el móvil y también mi portátil, dos emocionales dependencias.

Algunos domingos, desde la cocina de Antonia, el olor a frijoles negros, sazonados con aceitunas, culantro, ají cachucha, comino y aceite de oliva inunda la soledad de mis cuatro paredes.

Pasados los primeros traumas me pregunté...

--¿Por qué esperé tanto?

Soy terrícola, por aquí el noventa y nueve punto noventa y nueve por ciento de las personas hacen lo mismo.

La anarquía y el regocijo dominan.

Es imposible aplacar la sed con arena.

Lo prudente es tomar agua; incluso, infestada.

Trato de explicarme por qué Berta entró en el escenario de mi vida.

No encuentro una respuesta.

Esa mujer es un demonio de lujo.

Conversé con ella.

Creo que dije las necesarias palabras para tratar de regular el afecto.

Ante una actitud de rechazo no es aconsejable reprimir.

Lo prohibido angustia, no desanima.

Además, el amor respira sin respuestas.

Sigue en los tiempos de la buena suerte.

El amor llega.

Según el clima: se queda, se marcha.

La permanencia del amor depende de la atmósfera que encuentre.

¿Cuál será la mía?
Disfrutar de canciones dedicadas a salvar besos.
Soy un tóxico dependiente del amor.
¿Por qué Berta siguió mis pasos?
¿Habrás sentido lo mismo?
Los hombres también atesoramos encantos.
Aunque ella es unos años más joven que yo.
Seguro pensó en una dirección.
Hizo sus cálculos. Pero no funcionó. Eso pasa.
Nadie está exento de errores.
Lo sano es turbar la paciencia.
Vivir cada día es un reto. Para lo peor, lo malo... ¡lo bueno!
Decididamente yo no soy su hombre.
Eso es demasiada suerte.
Soy un mortal. Que no arregla desarreglos; aunque, la rutina, se aplasta con nuevas experiencias pues, ni lo poderoso ni lo bello, escapan de los desastres.
No pueden evitar el abofeteo de las palabras.
El comportamiento de Berta fue distinto.
¿Oportunista?
Tal vez no.
A lo mejor soy yo.
El amor sigue sin vacunas.
El amor no se mide por las veces que se cae, sino por aquellas donde, un tenue envoltorio de pasión, como a un Lázaro de Betania, lo levanta, entusiasma con benévolas locuras.
Cuando nos conocimos el clímax de su perfume excitó mi cerebro.
Esa tarde me dijo...
-- Acabo de alquilar un local y necesito hacer algunos trabajos de restauración...
...y su cuerpo estaba como gato zalamero. Tibio. Cautivador. Protegido por su afrodisíaca epidermis.
Entonces mis ojos atravesaron su transparente blusa hasta tropezar con esos diminutos lunares sobre sus sensuales, perfumados senos. Que dispararon mis niveles de cortisol, adrenalina. De la cadera para abajo no quedé atrapado, sino fascinado. Franca atracción.
Ahí mismo, pegadita a mis manos, olía su morena, tentadora carne.
¡Débil soy! El deseo jamás se detiene para hacer cálculos. Lo más socorrido es resguardarnos bajo la frase de...
-- ¡Dios sabe lo que hace!
Y cuando la peste amenaza la nariz, nos consolamos con saborear la mierda de nuestra quimera. Sin respirar le dije...
-- Te invito a tomarnos un café y así me explicas...

--Discúlpame,--me interrumpió-- pero en media hora tengo una reunión con el propietario del local, ¿por qué no me llamas a las seis y nos ponemos de acuerdo para seguir hablando del tema?

Me propuso y de una pequeña mochila extrajo su tarjeta de presentación. Sobre la hora indicada la llamé. Convenimos vernos a las nueve de la noche en el club Biscuit.

Juntos, Berta descubrió que es una hembra torneada para el amor. Sublime arrullo. Inmensidad. ¡Qué horas aquellas! Así transcurrió nuestra primera cita. Días más tarde vinieron otras. Sin saber cómo, empezamos a comportarnos como un deseo con mayúscula. De esquina a esquina los curiosos nos miraban, unos con envidia, otros con picardía. Nuestras vidas cambiaron. Realmente, ¿fue así? Las habituales calles empezaron a ser diferentes. ¿O éramos nosotros? En la ciudad bautizamos rincones con ternura.

No dejamos un segundo libre de manos apretadas, de cuanta pasión saturara detalles.

Viene ella con flores, dice la desordenada palabra, me la llevo a bailar la música de nuestro Parnaso... ¡respira nubes!

Todavía me pregunto...

-- ¿Está realmente enamorada de mí?

Es posible. Cuando una sonrisa de amor se simula es mueca.

Cuando una caricia de amor se simula es gesto. Las palabras de amor, cuando se simulan, dejan de ser una obsesión divina.

Después de sexuales fogosas jornadas, agotados de entrelazar nuestros desnudos, sudados cuerpos en baratos hoteles, una tarde me sugirió...

--Ven a vivir conmigo.

Entusiasmado con tan prometedora conquista recogí mis tres cosas en la pensión de Antonia.

Sin pensarlo partí hasta su casa, toqué la puerta y sus padres apreciaron en...

--Yo soy Aldo...

... que la muchacha había enderezado sus pasos. Pero, en su andar, torció los míos.

Fue aquella noche en el club Biscuit, cuando nos vimos por primera vez, que no controlé mis impulsos y sin preservativo, descargué en su útero el más competente de mis espermatozoides. Semanas después me confesó...

--No vino la menstruación. Creo que estoy embarazada.

Y secuestró mi paz.